

particularmente de las guerras que ocurrían entre ellos; y exclama «¡ como si el *meum* y el *tuum* también allí se hubieran introducido, y el costoso lujo y el deseo de acumular riqueza.

En otra carta, de fecha de Valladolid 1.º de febrero de 1494, á Fernando de Talavera, arzobispo de Granada, observa, «que el rey y la reina al volver Colon á Barcelona de su ilustre empresa, le hicieron Almirante del mar Océano, y le mandaron, en honor de sus altas hazañas, que se sentase en su presencia: honra, como sabéis, la mas alta que dispensan nuestros soberanos. Le han vuelto á despachar á aquellas regiones con una flota de diez y ocho buques. Hay esperanzas de grandes descubrimientos en los antípodas antárticas occidentales.»

En otra carta á Pomponio Lætus, de Alcalá de Henares, 9 de diciembre de 1494, da las primeras noticias del éxito de esta expedición.

«España, dice estendiendo sus alas aumentando su imperio, y dilatando su nombre y gloria hasta los antípodas... De diez y ocho vajeles despachados por mi soberano con el Almirante Colon en su segundo viaje al hemisferio occidental, doce han vuelto cargados de algodón, formidables árboles de madera de tinte y otros muchos artículos tenidos entre nosotros por preciosos, naturales producciones de aquel, hasta ahora, ignoto mundo, y además de todas estas cosas, no pequeña cantidad de oro. Sobre la superficie de aquella tierra se encuentran rudas masas de oro de peso tal, que casi escude á la crecacia. Algunas pesan 250 onzas, y esperan descubrir otras mucho mayores. Ni cabe ya duda, sobre los lestrigones y polifemos que se alimentan de carne humana. Cuando fué de las islas Afortunadas, llamadas Canarias hoy, á Española, la isla en que primero desembarcó, volviendo la proa un poco hácia el sur, llegó á innumerables islas de salvajes, á quien los otros llaman canibales ó caribes; y estos aunque desnudos, son valientes guerreros pelean diestramente con arcos y clavos, y tienen botes ahuecados de un solo árbol, pero muy capaces, en que hacen fieros desembarcos en las islas vecinas, habitadas por gentes mas suaves. Atacan sus ciudades, y se llevan prisioneros á los hombres para devorarlos luego.»

En el cuerpo de esta obra se ha citado ya una carta á Pomponio Lætus sobre el mismo asunto. Es verdad, que estos extractos nada dicen que no se haya explicado mas latamente en las décadas del mismo autor; pero son curiosos como primeros anuncios de los descubrimientos de Colon; y porque muestran la primera impresión de aquellos sucesos extraordinarios en el ánimo de uno de los hombres mas doctos y liberales de su siglo.

En 1530 se publicó una coleccion de cartas de Pedro Mártir, bajo el título de *Opus Epistolarium Petri Martyris Anglerii*. Está dividida en treinta y ocho libros, cada uno conteniendo las cartas de un año. Poseen el mérito de haber estado escritas en los actos mismos antes que los hechos que recuerdan se disfrazaran ó oscurecieran por la preocupación ó la calumnia. Sus obras abundan en particularidades interesantes, que no se hallan en ningún otro historiador contemporáneo. Son ricas de pensamiento, y aun mas ricas en hechos, y llenas de urbanidad y de los sentimientos liberales de un letrado que conoce el mundo. Es fuente de que muchos beben, y de la cual con alguna precaucion puede beberse con seguridad. Murió en Valladolid, en 1526.

## NUMERO 28.

OVIEDO.

GONZALO Fernandez de Oviedo y Valdes, comunemente conocido como Oviedo, nació en Madrid en 1478, y murió en Valladolid en 1557, de setenta y nueve

años de edad. Era de una familia noble asturiana, y en su juventud fue nombrado paje del príncipe Don Juan, único hijo de los reyes Católicos. Servía este empleo cuando el sitio y toma de Granada; estando por consiguiente en la corte cuando hizo Colon su convenio con los soberanos Católicos, y en Barcelona, adonde presenció la entrada triunfante del descubridor, seguido por varios naturales de los recién hallados países.

Por muchos años sirvió varios empleos de confianza y dignidad en las colonias, tanto por Fernando, como por su nieto y sucesor Carlos V. En 1535 recibió el cargo de alcaide de la fortaleza de Santo Domingo, en Española, y después fue nombrado historiador de las Indias. Escribió diversas obras: la mas importante es una crónica de las Indias en cincuenta libros, dividida en tres partes. La primera que contiene diez y nueve libros, se imprimió en Sevilla en 1535, y se reimprimió en 1547 en Salamanca, aumentada de un libro de naufragios que completó los veinte. El resto de la obra está aun en manuscrito. Se empezó á imprimir en Valladolid en 1557, pero no se continuó en consecuencia de su muerte.

Era escritor infatigable, laborioso en la recoleccion y recuerdos de los hechos, y compuso una multitud de volúmenes, que andan esparcidos por las bibliotecas españolas. Sus escritos están llenos de sucesos pasados á su vista, ó que le fueron comunicados por testigos oculares; pero carecia de tacto para juzgar los hechos. En su narrativa del primer viaje de Colon, cae en errores de bulto, en consecuencia de haber recibido noticias verbales de un piloto llamado Hernán Pérez Mateo, que era adicto á los Pinzones. No se debe confiar en su obra en materias relativas á Colon. Cuando trata del Nuevo-Mundo en período mas avanzado, y por observaciones propias, es mucho mas satisfactorio, aunque se le acusa de escuchar con demasiada facilidad las fábulas y prevenciones populares. Su relacion de las producciones naturales del Nuevo-Mundo, y de las costumbres de sus habitantes, está llena de pormenores curiosos; y las mejores narraciones de algunos de los viajes que sucedieron á los de Colon, se encuentran en la parte inédita de su obra.

## NUMERO 29.

CURA DE LOS PALACIOS.

ANDRES Bernaldez, ó Bernal, generalmente conocido por el título de Cura de los Palacios, por haberlo sido en efecto desde 1488 hasta 1513, nació en Fuentes, y fue por algun tiempo capellan de Diego Deza, arzobispo de Sevilla, uno de los mayores amigos de Colon. Bernaldez conocía mucho al Almirante, á quien solía tener de huésped, y que le dejó en 1496 muchos de sus manuscritos y diarios, de que hizo el cura uso en una historia del reinado de Fernando é Isabel, en que introduce una relacion de los viajes de Colon. En la narrativa del costeo del Almirante por el sur de Cuba, es Bernaldez mas minucioso y exacto que ningún otro historiador. Su obra existe solo en manuscrito, pero la conocen bien los historiadores, y la han usado con frecuencia. El caballero O' Rich posee una crónica manuscrita muy curiosa, ya citada en esta obra, y compuesta de la dicha historia del cura de los Palacios, y de otros historiadores de aquellos tiempos por un escritor coetáneo. En su relacion del viaje del Almirante, difiere en algunos puntos han examinado cuidadosamente por el autor de la presente obra, adoptando las que mas fundadas le han parecido.

## NUMERO 28.

OVIEDO.

GONZALO Fernandez de Oviedo y Valdes, comunemente conocido como Oviedo, nació en Madrid en 1478, y murió en Valladolid en 1557, de setenta y nueve

## NUMERO 30.

NAVIGAZIONE DEL RE DE CASTIGLIA DELLE ISOLE E PAESE NUOVAMENTE RITROVATE.

NAVIGATIO CHRISTOPHORI COLOMBI.

Los que anteceden son los títulos, italiano y latino de las primeras narrativas de los viajes primero y segundo de Colon, que aparecieron impresas. Se publicaron anónimas, y hay algunas particularidades notables respecto á ellas. Se escribieron originalmente en italiano por Montalbodo Fracanzo, ó Francanzano, ó por Francopano de Montabaldo; pues difieren los escritores con respecto á su nombre, y se publicó en Vicenza, en 1507, en una coleccion de viajes intitulada: Mondo Novo é Paese nuovamente ritrovate.

Pedro Mártir alude á una reimpression de esta obra hecha en Basilea en 1533 y acusa á su autor de haber robado los materiales de aquella obra de los tres primeros capítulos de su primera década del Océano, de la cual dice, dió copias manuscritas á varias personas particularmente á ciertos embajadores venecianos. Las décadas de Pedro Mártir no se publicaron hasta 1516.

De esta narrativa de los viajes de Colon, habla Geo. Battista Spotorno en su memoria histórica del Almirante, como escrita por alguno de los compañeros de este.

Al examinar la obra se ve manifestamente, que aunque el autor puede haber usado muy libremente el manuscrito de Mártir, debió haber tenido otros acopios de noticias. Su descripción de la persona del Almirante, como hombre alto de estatura, fuerte de miembros, de color tostado del sol y rostro largo, no la copió de Pedro Mártir ni de otro autor ninguno. Ningun historiador le precedió, en efecto, exceptuando Sabellicus, en 1504, y el retrato corresponde con el que salió de Colon posteriormente en la biografía que escribió su hijo.

Es probable que esta narrativa, que apareció al año despues de la muerte de Colon, fuese una pieza de destajo literario, escrita para la coleccion de viajes que se publicó en Vicenza, y que los materiales se tomarían de comunicaciones orales, de la relacion de Sabellicus, y particularmente de las copias manuscritas de la primer década de Pedro Mártir.

## NUMERO 31.

ANTONIO DE HERRERA.

ANTONIO de Herrera, de Tordesillas, nació en 1565 de Rodrigo Tordesillas, é Ines de Herrera, su mujer. Recibió una educacion excelente, y entró al servicio de Vespasiano Gonzaga, hermano del duque de Mantua, virey de Nápoles por Felipe II de España. Le hizo despues Felipe II su grande historiador de las Indias, y añadió á este título una grande pension. Escribió varios libros, pero el mas celebrado es una historia general de las Indias, ó colonias americanas, en cuatro volúmenes que contienen ochos décadas. Cuando emprendió esta obra, se le abrieron todos los archivos públicos, y tuvo acceso á documentos de todas clases. Se le ha acusado de grande prisa en la produccion de los dos primeros volúmenes, y de negligencia en no hacer suficiente uso de los inmensos acopios de noticias puestos á su alcance. El hecho es, que se encontró con muchas composiciones históricas manuscritas, que abrazaban gran parte de los primeros descubrimientos, y se contentó con relatar los sucesos, segun estaban recordados. Es cierto, que una gran parte de su obra es poco mas que el traslado de la historia de las Indias que dejó Las-Casas, reduciendo á veces y mejorando la diction; omitiendo las apasionadas declamaciones del celoso obispo, cuando se trataba de las injurias hechas é los indios, y supri-

miendo varias circunstancias poco favorables al carácter de los descubridores españoles.

Dice Muñoz, «que generalmente hablando, Herrera hizo poco mas que juntar pasajes y extractos tomados de varias partes, al modo que arregla un escritor cronológicamente los materiales con que piensa componer una historia. Añade, que si no hubiera sido Herrera hombre docto y juicioso, la precipitacion con que aglomeró aquellos materiales le hubiera conducido á innumerables errores.» Observacion justa; pero debe considerarse que elegir y arreglar semejantes materiales juiciosamente, y usarlos con sabiduría, no es ya pequeño mérito en el historiador.

También se acusa á Herrera de lisonjear su nacion, exaltando los hechos de los españoles, y suavizando y ocultando sus excesos. No hay nada grave en esta acusacion aun cuando fuese fundada. Ilustrar la gloria de su patria, es una de las mas nobles prerogativas del historiador; y es difícil que exceda elogio alguno al mérito de las empresas extraordinarias y espléndidas acciones de los españoles de aquellos dias.

Vosio hace alto elogio de Herrera. «Ninguno, dice, ha descrito con mayor industria y fidelidad la magnitud y límites de las provincias, los trechos del mar, posicion de cabos é islas, puertos y ensenadas, las corrientes de los rios y dimensiones de los lagos, la situacion y peculiaridades de las regiones, la apariencia de los cielos, y la designacion de sitios propios para edificar ciudades.» Los españoles le llaman príncipe de los historiadores de América, y se añade que ninguno se ha levantado despues de él, capaz de disputarle este título. Mucha parte de este elogio parece exagerada á los que examinan las historias manuscritas, de que trasladó capítulos y libros enteros con poca variacion á sus volúmenes; y una gran parte de los aplausos que por la obra de Indias recibe, son debidos á Las-Casas, largo tiempo eclipsado por su conquista. Sus obras llevan el sello del candor, la integridad y un sincero deseo de recordar solo los hechos individualmente ciertos.

Murió en 1625, á los sesenta años de edad, despues de haber obtenido de Felipe IV la promesa de hacerle secretario de estado en la primera plaza que vacase.

## NUMERO 32.

OBISPO FONSECA.

LA singular malevolencia manifestada por el obispo Juan Rodriguez de Fonseca hácia Colon y su familia se originó, segun se ha dicho, en alguna disputa de las suscitadas entre el Almirante y Fonseca en Sevilla, en 1493, por la dilacion en armar la flota para el segundo viaje, y al número de criados que debía llevar el Almirante. Fonseca recibió una carta de los soberanos, reprobando tácticamente su conducta, y mandándole mostrar todas las atenciones posibles á los deseos de Colon, y hacer de que se le tratase con honor y deferencia. Fonseca no olvidó jamás esta afrenta, y lo que era para él lo mismo, no la perdonó jamás. La hostilidad así producida continuó con ascendente virulencia durante la vida toda de Colon, y á su muerte se trasladó á sus hijos y sucesores. Esta animosidad infatigable se ha ilustrado en el discurso de la presente obra con hechos y observaciones tomadas de autores, algunos de ellos contemporáneos de Fonseca, pero á quienes refrenaban aparentemente motivos de prudencia, para no dar salida á la indignacion que evidentemente sentían.

Este prelado tuvo la superintendencia en gefe de los negocios coloniales de España bajo Fernando é Isabel, y también bajo el emperador Carlos V. Era hombre activo é intrépido, pero soberbio, pérfido y egoísta. Su administracion no tiene huellas de una política liberal y comprensiva; pero está llena de rasgos



de baja y de arrogancia. Se opuso á las benévolas intenciones de Las-Casas para mejorar la condicion de los indios y obtener la abolicion de los repartimientos, tratándole con personal altivez y aspereza. Dicese que Fonseca comerciaba valiéndose de muchos abusos, y á costa de los indios.

Mientras se hallaba pronto el obispo á proteger vagos aventureros que á su favor salian, jamas tuvo virtud ni entendimiento para apreciar los caudillos ilustres como Colon ó Cortés.

Cuando se entablaron contiendas entre Cortés y Velazquez; se decidió por este llevado de mezquinos intereses personales.

Era tal la influencia que alcanzaba en la corte Fonseca, que á pesar de la gran reputacion de Cortés, logró introducir sospechas; de tal modo que á uno de sus favoritos se le dió el encargo de espíar la conducta del héroe; este favorito se llamaba Tapia, y su encargo era semejante al que egerciera Bobadilla cerca de Colon. Debía examinar la conducta de Cortés; y en caso de que lo juzgase conveniente arrestarlo, secuestrar sus bienes, y tomar su mando. Despues de esto el obispo mandó un emisario escitando á varias personas, á que desconociesen á Cortés; pero estas medidas se estrellaron contra la firmeza del bravo soldado que tantos triunfos habia obtenido.

Cuando llegaron á examinarse y decidirse en España las disputas entre Cortés y Velazquez, Martin Cortés, el padre del conquistador, y sus abogados; se opusieron á que fuese Fonseca uno de los árbitros, alegando su enemistad hácia Cortés, su patriocinio de Velazquez, y el estar en visperas de dar al último su hermana. El cardenal Adriano examinó maduramente el asunto, y la peticion fue concedida. Se mandó á Fonseca por lo tanto, que no presidiese en aquellos negocios: alegándose tambien, dice Herrera, que habia llamado á Cortés públicamente traidor, que habia impedido que se atendiese á sus representaciones en el consejo de las Indias, declarando que nunca se verian en él mientras él viviese: que no habia dado al rey completo informe en materias relativas á aquellos puntos de servicio; y que habia mandado en la casa de Indias de Sevilla, no se permitiesen ir á Nueva-España armas, gentes, ni mercancias. Cortés mismo subsiguientemente declaró, «que habia experimentado mas vejaciones y dificultades de las amenazas y afrentas de los ministros del rey, que trabajo le habia costado ganar sus victorias.»

Acusaciones mas espantosas ha lanzado Herrera á la frente de Fonseca, y si no véase como le imputa, aunque misteriosamente, el haber querido asesinar á Cortés. Un tal Villafaña fue el encargado de asesinar á Cortés, y poner en su lugar á un hermano de Velazquez. Mientras esperaban los conspiradores la ocasion de dar de puñaladas á su capitan se arrepintió uno de ellos, y le significó el peligro en que se hallaba. Fue Villafaña arrestado. Quiso tragarse un papel que contenia la lista de los conspiradores; pero habiéndole cogido un soldado por la garganta le sacó de la boca una lista de catorce personas de importancia. Villafaña fue ahorcado no sin protestar antes que ninguna de las personas contenidas en la lista sabia los amañes de los conspiradores. En la investigacion de las disputas entre Cortés y Velazquez, verificada ante un tribunal especial en 1522, y en que se hallaron el gran canciller y otras personas de nota, se habló de la ejecucion de Villafaña como de un acto cruel y gratuito de poder, y en su vehemente deseo de acriminar al caudillo, los testigos de la parle contraria declararon que «Villafaña se movió á lo que hizo con cartas del obispo de Burgos.»

No es creible que Fonseca recomendase el asesinato; pero en estos amañes de sus cómplices se muestra la perversidad de sus sentimientos.

Fonseca murió en Burgos en 4 de noviembre de 1524, y se enterró en Coca.

### NUMERO 33.

#### SOBRE LA SITUACION DEL PARAISO TERRENAL.

Las especulaciones de Colon sobre la situacion del Paraiso Terrenal, han ocupado á muchos hombres graves y doctos.

Todos los pueblos han soñado con un Paraiso Terrenal; todos han admitido una mansion de delicias donde corria tranquila la primitiva existencia de nuestros padres; cuando se despertaron de la nada al mandato de Dios que les ofreció un paraiso de delicias, cuyas descripciones se parecen mas ó menos al jardin de las Hespérides soñado por los poetas de Grecia. No es solo nuestra religion la que proclama tal idea; todos los pueblos han convenido en ella. Tan hermoso lugar se colocó primitivamente en la Oasis de Arabia. Al aumentarse los conocimientos geográficos empezó á moverse sin cesar y á mayores distancias, la situacion de los jardines de Hesperia. Se trasfirió primero á las márgenes de las grandes Sirtes, en las cercanias del monte Atlas. Allí el viajero, despues de atravesar los espantosos desiertos de Barca, se hallaba en un país fértil y abundante, regado por arroyos y ricos manantiales. Las naranjas y cidras llevadas á la Grecia, donde hasta entonces no se conocian, deleitaron á los atenienses por su dorada belleza y esquisito gusto, y pensaron que solo el jardin de las Hespérides, podia producir tan delicados frutos. Así la region feliz de los antiguos iba de lugar en lugar, pero manteniéndose siempre en la mas remota y oscura extremidad del mundo, hasta llegar á las Canarias, llamadas por eso las islas Afortunadas ó de Hesperia.

Del mismo modo la situacion del Paraiso Terrenal ó jardin de Eden, fue mucho tiempo objeto de curiosas disputas, y ocupó la laboriosa atencion de los mas doctos teólogos. Algunos la ponian en Palestina ó la Tierra Santa; otros en Mesopotamia, en aquel rico y hermoso trecho de tierra que abraza en su carrera el Tigris y el Eufrates; otros en Armenia, é imaginaban que Enoch y Elias habian sido allí trasportados fuera de la vista mortal, para vivir en un estado de bienaventuranza terrestre, hasta la segunda venida de nuestro Salvador. Otros habia que le situaban remotisimamente en la Trapobana de los antiguos, ó en las islas de Sumatra, ó las Afortunadas ó Canarias, ó en una de las de Sunda; ó últimamente, en algun punto favorecido bajo la línea equinocial.

Los investigadores se veian muy apurados para concordar con el Génesis sus investigaciones. Los que estaban en favor de la Tierra Santa, suponian que era el Jordan el gran rio que despues se dividia en Phison, Gihon, Tigris y Eufrates; pero que las arenas habian cegado los antiguos lechos por donde se alimentaban aquellas corrientes; que originalmente atravesaba el Phison la Arabia desierta y la Arabia feliz, de donde seguia su curso hasta el golfo de Persia; que el Gihon bañaba la Arabia pedregosa ó del Norte, y caia en el golfo de Arabia ó el Mar Rojo; que el Eufrates y el Tigris pasaban por Eden á la Asiria y la Caldea, de donde desembocaban en el golfo de Persia.

Los mas de los primitivos comentadores suponen que el llamado Gihon fuese el Nilo. No se conocian sus manantiales; pero se vencia ingeniosamente esta dificultad, dándole una carrera subterránea de algunos centenares de leguas, desde la fuente comun, hasta que salia á luz en Abisinia. Del mismo modo se daba tambien curso subterráneo al Tigris y al Eufrates, haciéndolos pasar por debajo del mar Rojo, hasta

presentarse en Armenia, como si acabaran desalir de una fuente comun. Los que ponian el Paraiso Terrenal en islas, suponian que los rios que salian de ellas y formaban los que acaban de nombrarse, ó bien atravesaban la superficie del mar, pudiendo el agua dulce por su mayor ligereza flotar sobre la salada, ó que fluian por las profundas venas y canales de la tierra, como la fuente de Aretusa, se suponía sumergirse en la tierra de Grecia, y salir otra vez en la isla de Sicilia; mientras el rio Alfeo, se levantaba en el mar un poco antes de llegar á la isla.

Decian algunos que el Paraiso habia sido destruido por el Diluvio; pero otros sostienen que se encuentra situado sobre una inaccesible montaña.

Algunos ponian esta montaña bajo la línea equinocial, ó bajo la banda de los cielos, espacio comprendido entre los trópicos de Cáncer y Capricornio, mas allá de los cuales nunca pasaba el sol en su curso anual. Allí habia uniformidad de dias, noches y estaciones, y á la elevacion de la montaña no alcanzaban las calores y tormentas de las regiones mas bajas. Traspasaban otros el jardin mas allá de la línea equinocial, y lo ponian en el hemisferio del Sur, suponiendo que la zona tórrida impedía su acceso á los mortales. Sustentaban estos sus teorías con argumentos bastante fantásticos. El Paraiso Terrenal, decian, debe estar en la parte mas noble y feliz del globo; aquella parte debe estar situada bajo la parte mas noble de los cielos, y los méritos de lugar no dependen tanto de las virtudes de la tierra, como de las felices influencias de las estrellas, y el favorable y benigno aspecto de los cielos. Ahora bien: segun los filósofos, estaba dividido el mundo en dos hemisferios. Consideraban al del Sur cabeza, y al del Norte pies, ó parte inferior: la derecha el Oriente, de donde empezaba el movimiento del primer móvil; y la izquierda el Occidente, hácia donde se movia. Y así como la cabeza es la parte mas noble del hombre; tambien el Sur, siendo cabeza de la tierra, debía ser superior, y mas noble que Oriente, Occidente ó Norte; y en defensa de esto citaban la opinion de varios filósofos antiguos y con especialidad la de Ptolomeo. De aquí concluian, que en aquel hemisferio del Sur, en aquella cabeza de la tierra, bajo aquel cielo mas puro y brillante; y aquellas estrellas mas potentes y benignas, estaba situado el Paraiso Terrenal.

Habia diversidad de ideas respecto al tamaño de esta region bienaventurada. Como Adán y toda su progenie debian haber vivido en ella á no haber pecado, y como no debía de haber allí muerte que aminorase el número de los hombres, se infería que era el Paraiso Terrenal de grande extension para poder contenerlos. Algunos le hacian igual á toda la Europa ó al Asia; otros le daban todo el hemisferio del Sur. San Agustín supone, que al multiplicarse el género humano, muchos sin padecer muerte serian trasladados al cielo; los padres, tal vez, cuando sus hijos hubiesen llegado á la edad madura, ó porciones de la raza humana, al fin de ciertos períodos, cuando la poblacion del Paraiso Terrenal llegase á cierto número.

Los espontáneos frutos del jardin hubieran llenado con abundancia las pocas necesidades del hombre. Todavía empero para que no estuviere amontonada la raza humana, y tuviera ámplio trecho para recreacion y goces, y los placeres de cambios y variedades, algunos daban al jardin lo menos cien leguas de circunferencia.

San Basilio describe con raptó los goces de aquella mansion sagrada, que se eleva á la tercera region del aire, bajo los mas felices cielos. Un placer puro é incesante arroba en ella todos los sentidos. La vista se deleita en la admirable diafanidad de la atmósfera, en la nunca marchita lozania de las flores. Regalan el oído el canto de las aves, y el olfato los olores aromá-

litos de la tierra. Del mismo modo tienen los otros sentidos sus goces peculiares. Son desconocidas las vicisitudes de las estaciones, y junta el clima los frutos del verano, la alborozada abundancia del otoño, y la dulce frescura y tranquilidad de la primavera. La tierra siempre verde, siempre rozagantes las flores, las aguas puras y cristalinas, no precipitándose en turbios y rudos torrentes, sino manando en plácidas fuentes y serpando en manso y argentado curso. No se permite á los ásperos y estrepitosos vientos sacudir y turbar el aire, ni invadir la belleza de las selvas; ni prevalecen tiempos oscuros ni melancólicos; ni aguaceros anegadores, ni granizo; relámpagos y truenos, ni el frío desconsolador de invierno, ni el calor fatigoso del verano, ni cosa alguna que pueda causar dolor, incomodidad ó angustia; todo es dulzura, gentileza y serenidad, perpétua juventud y gozo reina en la naturaleza, y nada se desmejora ni muere.

La misma idea da San Ambrosio en su libro del Paraiso, autor citado tambien y consultado por Colon. Escribió en el cuarto siglo, y su elocuencia y florida aunque vigorosa diction, aseguran grande popularidad á sus escritos.

Colon da tambien gran autoridad y asenso Granville que en una obra intitulada de *Propietatibus Rerum*, el cual emite la opinion de que el agua de la fuente del Eden caia en un gran lago del cual nacen los cuatro rios de que habla el Génesis, y Las-Casas es de dictámen de que fundó en él su idea, de que el vasto cuerpo de agua dulce que llenaba el golfo de la Ballena ó de Pária, fluia de la fuente del Paraiso, aunque de remota distancia; y que en este golfo, que suponía á los extremos del Asia, se originaban el Nilo, el Tigris, el Eufrates y el Ganjes, que podian ir por debajo de mares y tierras por canales subterráneos, á los lugares á donde nacen en la tierra y toman su propio nombre.

Nos hemos detenido algun tanto en estas especulaciones porque para ilustrar claramente el carácter de Colon, es necesario dilucidar aquellos pensamientos que pasaban por su ánimo, al considerar los fenómenos singulares de las regiones desconocidas que exploraba, y que suele referir ligera y vagamente en sus diarios y cartas.

Bastante se ha citado para hacer ver, que en sus observaciones respecto al Paraiso Terrenal, no se entregaba Colon á visionarias ni presuntuosas quimeras, hijas de un cerebro ardiente y desordenado. Por fantásticas que puedan parecer hoy sus conjeturas, las fundaba en opiniones escritas; tenidas entonces por poco menos que oraculares; y se verá al examinarlas que le excedieron con mucho las especulaciones y teorías de sabios, considerados ilustres por su ciencia y erudicion en las escuelas y los claustros.

### NUMERO 34.

#### TESTAMENTO DE COLON.

En el nombre de la Santísima Trinidad, el cual me puso en memoria, y despues llegó á perfecta inteligencia, que podria navegar é ir á las Indias desde España, pasando el mar Océano al Poniente, y así lo notifiqué al rey D. Fernando y á la reina Doña Isabel, nuestros señores, y les plugo de medar aviamiento y aparejo de gente y navios, y de me hacer su Almirante en el dicho mar Océano, allende de una raya imaginaria que mandaron señalar sobre las islas de Cabo Verde, y aquellas de los Azores, cien leguas que pasa de polo á polo, que dende en adelante al Poniente fuese su Almirante, y que en la tierra firme é islas que yo fallase y descubriese, y dende en adelante, que destas tierras fuese yo su Visorey y Gobernador, y sucediese en los dichos oficios mi hijo ma-